

Poco antes de haber ido yo á Atenas se dice haber sucedido este caso. Un soldado á quien se hizo proceso por su comandante, siendo llamado á juicio, puso todo el dinero que llevaba en las manos de la estatua que tenia los dedos juntos unos con otros, y al lado de la cual estaba plantado un plátano muy alto. Cayeron de él muchas hojas, ó porque el viento casualmente las derribara, ó porque el mismo que puso el dinero lo ocultara con ellas: ello es que así estuvo escondido el dinero por largo tiempo. Cuando volviendo el soldado lo encontró y corrió la voz de este suceso, muchos ingenios tomaron de aquí argumento para defender á Demóstenes de la nota de soborno, y compitieron entre sí, escribiendo epigramas. A Demades, que no gozó largo tiempo de su brillante gloria, la venganza debida á Demóstenes lo llevó á Macedonia á ser justamente castigado por aquellos mismos á quienes habia adulado vilmente: pues si ya antes les era odioso, entonces le encontraron envuelto en un reato, del que no habia como librarse. Porque se ocuparon cartas suyas por las que instaba á Perdicas á que invadiese la Macedonia y salvara á los Griegos, colgados, decia, de un hilo podrido y viejo, queriendo significar á Antipatro. Estándole acusando de este crimen Dinarco de Corinto, se irritó Casandro de tal manera, que le mató á un hijo en sus propios brazos, y en seguida dió orden de que tambien le quitaran la vida; demostrando con estos grandes infortunios que las primeras víctimas de la infame venta de los traidores son ellos mismos, lo que no habia querido creer, anunciándosele Demóstenes muchas veces. Aquí tienes, ó Sosio, la vida de Demóstenes, tomada de lo que hemos leído, ó de lo que ha llegado á nuestros oidos.



CICERON.

Dícese de la madre de Cicerón Helbia, haber sido de buena familia y de recomendable conducta; pero en cuanto al



CICERON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

padre todo es extremos : porque unos dicen que nació y se crió en un lavadero ; y otros refieren el origen de su linaje á Tulo Acio, que reinó gloriosamente sobre los Volscos. El primero de la familia que se llamó Ciceron parece que fue persona digna de memoria ; y que por esta razon sus descendientes no solo no dejaron este sobrenombre, sino que mas bien se mostraron ufanos con él, sin embargo de que para muchos era objeto de sarcasmos ; porque los latinos al garbanzo le llaman *Cicer*, y aquel tuvo en la punta de la nariz una verruga aplastada á manera de garbanzo, que fue de donde tomó la denominacion, y de este Ciceron, cuya vida escribimos, ha quedado memoria de que proponiéndole sus amigos, luego que se presentó á pedir magistraturas, y tomó parte en el gobierno, que se quitara y mudara aquel nombre, les respondió con jactancia, que él se esforzaria á hacer mas ilustre el nombre de Ciceron que los Escauros y Cátulos. Siendo cuestor en Sicilia, hizo á los Dioses una presentalla de plata, en la que inscribió sus dos primeros nombres Marco y Tulio, y en lugar del tercero dispuso por una especie de juego que el artífice grabara al lado de las letras un garbanzo. Y esto es lo que hay escrito acerca del nombre.

Dicen que nació Ciceron, habiéndole dado á luz su madre sin trabajo y sin dolores, el dia tres de Enero, en el que ahora los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el Emperador. Parece que su nutriz tuvo una vision, en la que se le anunció que criaba un gran bien para todos los Romanos. Esto, que comunmente debe ser tenido por delirio y por quimera, hizo ver Ciceron bien pronto que habia sido una verdadera profecía : porque llegado á la edad en que se empieza á aprender, sobresalió ya por su ingenio, y adquirió nombre y fama entre sus iguales : tanto que los padres de estos iban á las escuelas deseosos de conocer de vista á Ciceron, y hacian conversacion de su admirable prontitud y capacidad para las letras ; y los menos ilustrados reprendian con enfado á sus hijos, viendo que en los paseos llevaban por honor á Ciceron en medio. No obstante tener un talento amante de las artes y las ciencias, cual le descaba Platon, propio para abrazar toda doctrina, y no reprobar ninguna especie

de erudicion, se precipitó con mayor ansia á la poesía; y se ha conservado un poemita de cuando era muchacho, titulado: *Poncio Glauco*, hecho en versos tetrametros. Adelantando en tiempo, y dedicándose con mas ardor á esta clase de estudios, fue ya tenido no solo por el mejor orador, sino tambien por el mejor poeta de los Romanos. Su gloria y fama en la retórica permanece hasta hoy, á pesar de las grandes mudanzas que ha sufrido el lenguaje; pero la fama poética, habiendo sobrevenido despues muchos y grandes ingenios, ha quedado del todo olvidada y oscurecida.

Cuando hubo ya salido de las ocupaciones pueriles, acudió á la escuela de Filon, que era de la secta de los académicos, aquel á quien entre los discipulos de Clitomaco admiraban mas los Romanos por su elocuencia, y apreciaban mas por sus costumbres. Al mismo tiempo frecuentaba la casa de Mucio, uno de los principales del gobierno y del Senado, con quien hacia grandes adelantamientos en la ciencia de las leyes; y asimismo se aplicó á la milicia bajo Sila durante la guerra mársica. Despues viendo que la república de sedicion en sedicion caminaba á precipitarse en la insoportable dominacion de uno solo, consagró de nuevo su vida al estudio y á la meditacion, conferenciando con los Griegos eruditos y cultivando las ciencias: hasta que habiendo vencido Sila, pareció que la república tomaba alguna consistencia. En este tiempo Crisógono, liberto de Sila, habiendo denunciado los bienes de uno que decia haber perdido la vida en la proscripcion, los compró el mismo en dos mil draemas. Roscio, hijo y heredero del que se decia proscrito, se mostró ofendido, é hizo ver que aquellos bienes valian dociientos y cincuenta talentos; de lo que incomodado Sila, movió á Roscio causa de parricidio por medio de Crisógono; y como nadie quisiese defenderle, huyendo todos de ello por temor de la venganza de Sila, en este abandono acudió aquel jóven á Ciceron. Estimulaban á este sus amigos diciéndole que con dificultad se le presentaria nunca otra ocasion mas bella, ni mas propia para ganar fama; movido de lo cual admitió la defensa, y habiendo salido con su intento, fue admirado de todos; pero por temor de Sila hizo viaje á la Grecia, espar-

ciendo la voz de que lo hacia para procurar la salud, pues en realidad era delgado y de pocas carnes, y tenia un estómago débil que no admitia sino poca y tenue comida, y aun esto muy á deshora. La voz era fuerte y de buen temple, pero dura y no hecha; y como su modo de decir era vehemente y apasionado, subiendo siempre de tono la voz, se temia que peligrase su salud.

Llegado á Atenas, se aplicó á oír á Antioco Ascalonita, seducido de la facundia y gracia de sus discursos, sin embargo de que no aprobaba las novedades que introducía en los dogmas de la secta: porque ya Antioco se habia separado de la que se llamaba academia nueva, y habia desertado de la escuela de Corneades, ó cediendo á la evidencia y á los sentidos; ó prefiriendo, como dicen algunos, por cierta ambicion, y por indisposicion con los discipulos de Clitomaco y de Filon, á todas las demas la doctrina estoica. Mas Ciceron se mantuvo siempre en aquellos principios, y á ellos dió su atencion; teniendo meditado, si le era preciso dejar del todo los negocios públicos, convertir á estos estudios su vida desde el foro y la curia, para pasarla sosegadamente entregado á la filosofia. Llególe en esto la noticia de haber muerto Sila; y como su cuerpo fortificado con el ejercicio hubiese adquirido bastante robustez, y la voz se hubiese formado del todo, resultando ser llena, dulce al oido, y proporeionada á la constitucion de su cuerpo; llamado por una parte y rogado desde Roma por sus amigos, y exhortado por otra de Antioco á que se entregase á los negocios públicos, volvió otra vez á cultivar la oratoria como un instrumento que habia de poner en ejercicio para adelantar en la carrera política, trabajando discursos, y consultando los oradores mas acreditados. Con este objeto navegó al Asia y á Rodas; y de los oradores de Asia oyó á Jenocles de Atramicio, á Dionisio de Magnesia y á Menipo de Caria; y en Rodas al orador Apolonio Molon y al filósofo Posidonio. Dícese que Apolonio no sabiendo la lengua latina pidió á Ciceron que declamara en griego, y que este tuvo en ello gusto, juzgándolo mas conducente para la correccion. Despues de haber así declamado, todos se quedaron asombrados y compitieron en las alabanzas; solo Apolo-

nio se estuvo inmóvil oyéndole, y despues que hubo concluido permaneció en su asiento pensativo por largo rato; y como Ciceron se manifestase resentido: « A tí, ó Ciceron, le dijo, te admiro y te alabo; pero dúelome de la suerte de la Grecia, al ver que los únicos bienes y ornamentos que nos habian quedado, la ilustracion y la elocuencia, son tambien por tí ahora trasladados á Roma. »

Decidiéndose pues á tomar parte en el gobierno, lleno de lisonjeras esperanzas, un oráculo sin embargo contenia y moderaba aquel ímpetu; porque habiendo preguntado en Delfos al Dios cómo adquiriria grande fama, le habia aconsejado la Pitia que tomara su propia naturaleza por regulador de su conducta, y no la opinion del vulgo. Así al principio procedia con gran precaucion, y no daba sino pasos muy lentos hácia las magistraturas, y aun por esto mismo no hacian caso de él, y le motejaban con aquellos apodos vulgares tan comunes en Roma: *Griego y ocioso*. Mas siendo él amante de gloria por carácter, y continuas las excitaciones de su padre y sus amigos, se dedicó al fin á la defensa de las causas, en la que no por grados llegó á la primacia, sino que desde luego resplandeció con brillante gloria, y se aventajó mucho á todos los que con él contendian en el foro. Dícese que estando en la parte de la elocucion no menos sujeto á defectos que Demóstenes, puso mucha atencion en observar al cómico Roscio y al trágico Esopo. De este se cuenta que representando en el teatro á Atreo cuando deliberaba sobre vengarse de Tiestes, como pasase casualmente uno de los sirvientes en el momento en que se hallaba fuera de sí con la violencia de los afectos, le dió un golpe con el cetro, y le quitó la vida; y no fue poca la fuerza que de la representacion y la accion teatral tomó para persuadir la elocuencia de Ciceron; como que de los oradores que hacian consistir el primor de esta en vocear mucho, solia decir con chiste, que por flaqueza montaban en los gritos como los cojos en un caballo. Su facilidad y gracia para esta clase de agudezas y donaires bien parecia propia del foro y sazónada; pero usando de ella con demasiada frecuencia, sobre ofender á no pocos, le atrajo la nota de maligno.

Nombrósele cuestor en tiempo de carestía; y habiéndole cabido en suerte la Sicilia, al principio se hizo molesto á aquellos naturales por verse precisado á enviar trigo á Roma; pero despues habiendo experimentado su zelo, su justificacion y su genio apacible, le respetaron sobre todos los magistrados que habian conocido. Sucedió en aquella sazón que á muchos de los jóvenes mas principales y de las primeras familias se le hizo cargo de insubordinacion y falta de valor en la guerra; y habiendo sido remitidos al tribunal del pretor de la Sicilia, Ciceron defendió enérgicamente su causa, y los sacó libres. Venia muy engreido con esto á Roma, y dice él mismo que le sucedió una cosa graciosa y muy para reir; porque habiéndose encontrado en la Campania con un ciudadano de los mas principales, á quien tenia por amigo, le preguntó, qué se decia entre los Romanos de sus hechos, y como se pensaba acerca de ellos; pareciéndole que toda la ciudad habia de estar llena de su nombre y de la gloria de sus hazañas; y aquel le respondió friamente: ¿Pues dónde has estado este tiempo, Ciceron? y añade que entonces cayó enteramente de ánimo, viendo que habiéndose perdido en la ciudad como en un piélago inmenso la conversacion que de él se hubiese hecho, nada habia ejecutado que para la gloria hubiese tenido mérito; y habiendo entrado consigo en cuentas, rebajó mucho de su ambicion, considerando que el trabajar por la gloria era obra infinita, y en la que no se hallaba término. Mas sin embargo el alegrarse con extremo de que lo alabasen, y ser muy sensible á la gloria, lo conservó hasta el fin, y muchas veces fue un estorbo para sus mas rectas determinaciones.

Mas al fin entregado al gobierno con demasiado empeño, tenia por cosa muy reparable que los artesanos, que solo emplean instrumentos y materiales inanimados, no ignoren ni el hombre, ni el pais, ni el uso de cada uno; y el empleado, que para todos los negocios públicos tiene que valerse de hombres, proceda con desidia y descuido en cuanto á conocer los ciudadanos. Por tanto no solo se acostumbró á conservar sus nombres en la memoria, sino que sabia en qué calle habitaba cada uno de los principales; qué posesiones

tenia; qué amigos eran para él los de mayor influjo, y quiénes eran sus vecinos; y por cualquiera parte que Ciceron caminara de la Italia podia sin detenerse expresar y señalar las tierras y las casas de campo de sus amigos. Siendo su hacienda no muy cuantiosa, aunque la suficiente y proporcionada á sus gastos, causaba admiracion que no recibiese ni salario ni dones por las defensas; lo que aun se hizo mas notable cuando se encargó de la acusacion de Verres. Habia sido este pretor de la Sicilia, donde cometió mil excesos; y persiguiéndole los Sicilianos, Ciceron hizo que se le condenara, no con hablar, sino en cierta manera por no haber hablado: porque estando los pretores de parte de Verres, y prolongando la causa con estudiadas dilaciones hasta el último dia, como estuviese bien claro que esto no podia bastar para los discursos, y el juicio no llegaria á su término, levantándose Ciceron, expreso que no habia necesidad de que se hablase; y presentando los testigos, y examinándolos, concluyó con decir que los jueces pronunciaran sentencia. Con todo, en el discurso de esta causa se cuentan muchos y muy graciosos chistes suyos. Porque los Romanos llaman *Verres* al puerco no castrado; y habiendo querido un liberto llamado Cecilio, sospechoso de judaizar, excluir á los Sicilianos, y ser él quien acusara á Verres, le dijo Ciceron: ¿Qué tiene que ver el judío con el puerco? Tenia Verres un hijo ya mocito, de quien se decia que no hacia el mas liberal uso de su belleza; y motejando Verres á Ciceron de afeminado: A los hijos, le repuso, no se les reprende sino de puertas adentro. El orador Hortensio no se atrevió á tomar la defensa de la causa de Verres; pero le patrocinó al tiempo de la tasacion; por lo que recibió en precio una esfinge de marfil; y habiéndole echado Ciceron alguna indirecta, como le respondiese que no sabia desastar enigmas, le repuso este con presteza: Pues la esfinge tienes en casa.

Habiendo sido de este modo condenado Verres, tasó Ciceron la multa que habia de sufrir en setecientas cincuenta mil draemas; sobre lo que quisieron culparle de que por dinero habia rebajado la estimacion; mas ello es que los Sicilianos le quedaron tan agradecidos, que cuando fue edil

trajeron en su obsequio muchas cosas de la isla, y se las presentaron; pero de ninguna se aprovechó, y solo se valió del afecto de aquellos isleños para que tuviera el pueblo los frutos á un precio mas cómodo. Poseía una tierra bastante extensa en Arpino, y junto á Nápoles; y junto á Pompeya tenia otros dos campos no muy grandes; la dote de su mujer Terencia era de ciento veinte mil draemas; y tuvo una herencia que le produjo unas noventa mil. Pues atendido á solos estos bienes, lo pasó liberal y sobriamente con los literatos griegos y romanos que tenia siempre consigo; y muy rara vez se ponía á la mesa antes de haber caído el sol; no tanto por sus ocupaciones, como por la enfermedad de estómago que padecía. Por lo tocante al cuidado de su cuerpo en todo lo demas era nimiamente delicado y puntual; tanto que en las fricciones y los paseos no excedia del número prefijado. Atendiendo de este modo á conservar y recrear su constitucion, se mantuvo sano y en disposicion de poder llevar tantas fatigas y trabajos. En cuanto á casa, la paterna la cedió á su hermano; y él habitaba junto al palacio, para que no sintieran los que le visitaban la mortificacion que habrian de sentir si fueran de mas lejos; y le visitaban diariamente tantos á lo menos como á Craso por su riqueza y á Pompeyo por su gran poder en los ejércitos, que eran los dos personajes mas admirados y de mayor autoridad entre los Romanos; y aun Pompeyo mismo cultivaba la amistad de Ciceron; cuyo consejo y auxilio en los asuntos de gobierno le sirvieron mucho para el acrecentamiento de su poder y su gloria.

Pidieron al mismo tiempo que él la pretura muchos y muy distinguidos ciudadanos, entre los que fue sin embargo elegido el primero de todos; y los juicios parece que los despachó íntegra y rectamente. Refiérese que juzgado por él en causa de malversacion Licinio Macro, varon por sí mismo de gran poder en la ciudad, y sostenido ademas por la proteccion de Craso, confiando demasiado en el favor de este y en los pasos que se habian dado, se marchó á casa cuando todavía los jueces estaban dando los votos, é hizo que inmediatamente le cortaran el cabello; se vistió de blanco como

si ya hubiera vencido en el juicio, y se dirigía otra vez al tribunal; y que habiéndole encontrado Craso en el atrio, y anunciándole que había sido condenado por todos los votos, se volvió adentro, se puso en cama y murió: suceso que concilió á Ciceron la opinion de que regia con zelo el tribunal. Sucedió que Vatinio, hombre áspero, acostumbrado á no tratar con el mayor respeto á los magistrados en sus discursos, y que tenia el cuello plagado de lamparones, pedia una cosa á Ciceron, y como no la concediese, sino que se parase á pensar por algun tiempo, le dijo aquel, que si él fuera pretor no tardaria tanto en decidir; á lo que Ciceron contestó con viveza: Es que yo no tengo tanto cuello. Cuando no le quedaban mas que dos ó tres dias de magistratura, le presentó uno á Manilio, á quien hacia cargo de malversacion; y es de advertir que este Manilio gozaba del aprecio y favor del pueblo, por creerse que en él se hacia tiro á Pompeyo, de quien era amigo. Pedia término, y Ciceron no le concedió mas que el dia siguiente; lo que llevó á mal el pueblo, porque acostumbraban los pretores á conceder diez dias cuando menos á los que sufrían un juicio. Citábanle pues para ante el pueblo los tribunos de la plebe, haciéndole reconvenciones y acusándole; pero habiendo pedido que se le oyese, dijo: que habiendo tratado siempre á los reos con toda la equidad y humanidad que las leyes permitian, le habia parecido muy duro no tratar del mismo modo á Manilio; y no quedándole ya mas que un solo dia de pretor, aquel era el que de intento le habia dado por término: porque remitir el juicio á otro magistrado entendia que no era de quien deseaba favorecer. Produjeron estas palabras una gran mudanza en el pueblo: así es que celebrándole con los mayores elogios, le rogaron que se encargara de la defensa de Manilio. Prestóse á ello de buena voluntad en consideracion tambien á Pompeyo ausente; y habiendo tomado el negocio desde su principio, habló con energía contra los fautores de la oligarquía, y enemigos por envidia de Pompeyo.

A pesar de esto para el consulado fue generalmente protegido de todos, no menos de la faccion del Senado que de la muchedumbre; poniéndose de su parte unos y otros con

este motivo. Verificada la mudanza que Sila introdujo en el gobierno, aunque al principio se tuvo por repugnante, entonces ya parecia haber tomado cierta estabilidad, con la que el pueblo comenzaba á hallarse bien por el hábito y la costumbre; pero no faltaban genios turbulentos que trataban de mover y trastornar el estado presente, no con la mira de mejorarle, sino con la de saciar sus pasiones; valiéndose de la ocasion de estar todavía Pompeyo ocupado en la guerra contra los Reyes del Ponto y la Armenia, y de no existir en Roma fuerzas de alguna consideracion. Tenian estos por corifeo á Lucio Catilina, hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio; el cual demas de otros muchos y muy graves crímenes, era inculpaado entonces de vivir incesantemente con su hija; de haber dado muerte á un hermano, y de que por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa habia alcanzado de Sila que lo incluyera en las listas de los proseritos á muerte, como si todavía viviese. Tomando pues á este por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas la de haber sacrificado un hombre, y haber comido de sus carnes. Sedujo ademas Catilina á una gran parte de la juventud, proporcionando á cada uno placeres, comilonas y trato con mujerzuelas, y suministrando el caudal para todos estos desórdenes. Estaba fuera de esto dispuesta á sublevarse toda la Toscana, y la mayor parte de la Galia llamada Cisalpina. La misma Roma estaba muy próxima á alterarse por la desigualdad de las fortunas; habiendo los mas nobles y principales desperdiciado las suyas en teatros, banquetes, competencias de mando y obras suntuosas, y habiendo venido á parar la riqueza en la gente mas baja y ruin de la ciudad: de manera que se necesitaba de muy poco esfuerzo, y le era muy fácil á cualquiera atrevido hacer caer un gobierno, que de suyo era débil y caedizo.

Mas para partir Catilina de un principio seguro pedia el consulado; y se lisonjeaba de que saldría cónsul con Cayo Antonio, hombre que por sí no era propio para estar al frente de nada, ni bueno ni malo; pero que daría peso al poder ajeno. Previéndolo así la mayor parte de los honestos y bue-

nos ciudadanos, movieron á Ciceron á que se presentara competidor; y siendo muy bien recibido del pueblo, quedó desairado Catilina, y fueron elegidos Ciceron y Cayo Antonio: no obstante que de todos los candidatos solo Ciceron era hijo de padre que pertenecia al órden ecuestre, y no al senatorio.

Aunque todavia eran entonces ignorados de la muchedumbre los intentos de Catilina, no faltaron sin embargo grandes altercados y contiendas desde el principio del consulado de Ciceron. De una parte los que por las leyes de Sila no podian ejercer autoridad, que no eran pocos ni carecian de influjo, al pedir las magistraturas hablaban al pueblo, acusando la tiranía de Sila, en gran parte con verdad y justicia; y querian hacer en el gobierno mudanzas, que ni eran convenientes, ni la sazón oportuna. De otra los tribunos de la plebe proponian leyes análogas y por el mismo término para crear decemviro con plena autoridad, haciéndolos árbitros en toda la Italia, toda la Siria, y cuanto recientemente habia sido adquirido por Pompeyo, para vender los terrenos públicos, juzgar libremente y sin sujecion, restituir los desterrados, fundar colonias, tomar caudales del tesoro público, y reclutar y mantener tropas en el número que necesitasen; por lo cual algunos de los principales ciudadanos se adherian á la ley, y el primero entre ellos el colega de Ciceron Antonio, por esperar que habia de ser uno de los diez. Parecia ademas que sabedor de las novedades meditadas por Catilina, no le desagradaban por sus muchas deudas, que era lo que principalmente hacia temer á los amantes del bien; y esto fue lo primero que acudió á remediar Ciceron. Porque á aquel le decretaron en la distribucion de las provincias la Macedonia; y habiendo adjudicado á Ciceron la Galia, la renunció; y con este favor ganó á Antonio, para que como actor asalariado hiciera el segundo papel en la salvacion de la patria. Cuando ya este quedó así sujeto y dócil, cobrando Ciceron mayores bríos, se opuso de frente á los novadores; é impugnando, y en cierta manera acusando en el Senado la ley, de tal modo aterró á los que querian hacerla pasar, que no se atrevieron á contradecirle. Hicieron

nueva tentativa y como yendo prevenidos, citasen á los cónsules ante el pueblo, no por eso se acobardó Ciceron, sino que ordenó que le siguiese el Senado; y presentándose en la junta pública, ademas de conseguir que se desechara la ley, hizo que los tribunos desistieran de otros planes. ¡ De tal modo los confundió con su discurso!

Porque Ciceron fue el que hizo ver á los Romanos cuanto es el placer que la elocuencia concilia á lo que es honesto; que lo justo es invencible, si se sabe decir; y que el que gobierna con zelo, en las obras debe siempre preferir lo honesto á lo agradable, y en las palabras quitar de lo útil y provechoso lo que pueda ofender. Otra prueba de su gracia y poder en el decir es lo que sucedió siendo cónsul con motivo de la ley de espectáculos; porque antes los del órden ecuestre estaban en los teatros confundidos con la muchedumbre, sentándose con esta donde cada uno podia; y el primero que por honor separó á los caballeros de los demas ciudadanos fue el pretor Marco Oton, asignándoles lugar determinado y distinguido, que es el que todavia conservan. Túvolo el pueblo á desprecio, y al presentarse Oton en el teatro empezó por insulto á silbarle, y los caballeros le recibieron con grande aplauso y palmadas. Continuó el pueblo en los silbidos, y estos otra vez en los aplausos; de lo cual se siguió volverse unos contra otros; diciéndose injurias y denuestos, siendo suma la confusion y alboroto que se movió en el teatro. Compareció Ciceron luego que lo supo, y como habiendo llamado al pueblo al templo de Belona, le hubiese increpado el hecho, y exhortándole á la obediencia, cuando otra vez se restituyeron al teatro aplaudieron mucho á Oton, y compitieron con los caballeros en darle muestras de honor y de aprecio.

La sedicion de Catilina, que al principio habia sido contenida y acobardada, cobró de nuevo ánimo, reuniéndose los conjurados, y exhortándose á tomar con viveza la empresa antes que llegara Pompeyo, de quien ya se decia que volvía con el ejército. Inflamaban principalmente á Catilina los soldados viejos del tiempo de Sila, que andaban fugitivos por toda la Italia; y espereidos el mayor número de ellos, y los

34714

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

mas belicosos por las ciudades de Toscana, no soñaban en otra cosa que en volver á los robos y saqueos. Estos pues, teniendo por caudillo á Manlio, que habia sido uno de los que con mas gloria habian militado bajo las órdenes de Sila, se unieron á la conjuracion de Catilina, y se presentaron en Roma á ayudarle en los comicios consulares. Porque pedia otra vez el consulado, teniendo resuelto dar muerte á Ciceron en medio del tumulto de los comicios. Parecia que hasta los Dioses pronunciaban lo que iba á suceder con terremotos, con truenos y fantasmas. Las denuncias de los hombres bien eran ciertas; pero todavía no podian darse á luz contra un hombre tan ilustre y poderoso como Catilina. Por tanto dilatando Ciceron el dia de los comicios, llamó á Catilina al Senado, y le preguntó acerca de las voces que corrian. Este, que juzgaba ser muchos en el Senado los que estaban por las novedades, poniéndose á mirar á los conjurados dió tranquilamente á Ciceron esta respuesta: ¿Se podrá tener por cosa muy extraña, habiendo dos cuerpos, de los cuales el uno está flaco y moribundo, pero tiene cabeza, y el otro es fuerte y robusto, mas carece de ella, el que yo le ponga cabeza á este? Quería designar con estas expresiones enigmáticas al Senado y al pueblo; por lo que entró Ciceron en mayores rezelos; y vistiéndose una coraza, todos los principales de la ciudad y muchos de los jóvenes lo acompañaron desde su casa al campo Marcio. Llevaba de intento descubierta un poco la coraza, habiendo desatado la túnica por los hombros, á fin de dar á entender á los que le viesen el peligro. Indignados con esto se le pusieron alrededor, y por fin hecha la votacion, excluyeron por segunda vez á Catilina, y designaron cónsules á Silano y Murena.

De allí á poco, dispuestos ya á reunirse con Catilina los de la Toscana, y no estando lejos el dia señalado para dar el golpe, vinieron á casa de Ciceron á la media noche los primeros y mas autorizados entre los ciudadanos, Marco Craso, Marco Marcelo y Escipion Metelo. Llamaron á la puerta, y haciendo venir al portero, le mandaron que despertara á Ciceron, y le enterara de su venida, la cual tuvo este motivo. Estando Craso cenando, le entregó su portero unas car-

tas traídas para un hombre desconocido, y dirigidas á varios; y entre ellas al mismo Craso una anónima. Leyó esta sola, y como viese que lo que anunciaba era que habian de hacerse muchas muertes por Catilina, exhortándole á que saliera de la ciudad, ya no abrió las otras, sino que al punto se fué en busca de Ciceron, asustado de anuncio tan terrible, y tambien para disculparse á causa de la amistad que tenia con Catilina. Habiendo meditado Ciceron sobre lo que deberia hacerse, al amanecer congregó el Senado, y llevando consigo todas las cartas, las entregó á las personas que designaban los sobrescritos, mandando que las leyeran en voz alta. Todas se reducian á anunciar el peligro y las asechanzas de una misma manera; y con aviso que dió Quinto Arrio, que habia sido pretor, de que en la Toscana se habia reclutado gente; y noticia que se tuvo de que Manlio andaba inquieto por aquellas ciudades, dando á entender que esperaba grandes novedades de Roma, tomó el Senado la determinacion de encomendar la república al cuidado de los cónsules, para que vieran y excogitaran los medios de salvarla: determinacion que no tomaba el Senado muchas veces; sino solo cuando amenazaba algun grave mal.

Conferida á Ciceron esta autoridad, los negocios de afuera los confió á Quinto Metelo, tomando él á su cargo el cuidado de la ciudad; para lo que andaba siempre guardado de tanta gente armada, que cuando bajaba á la plaza ocupaban la mayor parte de ella los que le iban acompañando. Catilina, no pudiendo sufrir tanta dilacion, determinó pasar al ejército que tenia reunido Manlio; dejando orden á Marcio y á Cetego de que por la mañana temprano se fueran armados con espadas á casa de Ciceron como para saludarle, y arrojándose sobre él, le quitaran la vida. Dió aviso á Ciceron de este intento Fulvia, una de las mas ilustres matronas, yendo á su casa por la noche, y previniéndole que se guardara de Cetego. Presentáronse aquellos al amanecer, y no habiéndoles dejado entrar, se enfadaron y empezaron á gritar delante de la puerta; con lo que se hicieron mas sospechosos. Ciceron salió entonces de casa, y convocó al Senado para el templo de Júpiter Ordenador, al que los Romanos llaman

Estator, construido al principio de la via sacra, como se va al palacio. Pareció allí Catilina entre los demas como para vindicarse; pero ninguno de los senadores quiso tomar asiento con él, sino que se mudaron de aquel escaño; y habiendo empezado á hablar, le interrumpieron: hasta que levantándose Ciceron le mandó salir de la ciudad, porque no usando el cónsul mas que de palabras, y empleando él las armas, debian tener las murallas de por medio. Salió pues Catilina inmediatamente con trescientos hombres armados, haciéndose preceder de las fascas y las hachas, y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fué en busca de Manlio. Llegó á juntar unos veinte mil hombres, y recorria las ciudades, seduciéndolas y excitándolas á la rebelion; por lo que siendo ya cierta é indispensable la guerra, se dió orden á Antonio de que marchara á reducirle.

A los que habian quedado en la ciudad de los fascinados por Catilina los reunió y alentó Cornelio Lentulo, llamado por apodo Sura, hombre principal en linaje, pero disoluto y desarreglado, y expelido antes del Senado por su mala conducta; y entonces era otra vez pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatoria. Dícese que el apodo de Sura se le impuso con este motivo: en el tiempo de Sila era cuestor, y perdió y dispó crecidas sumas de los fondos públicos; y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentándose con altanería y desvergüenza, dijo: Que no estaba para dar cuentas, que lo que haria seria presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando á la pelota. De aquí le vino el llamarse Sura, porque los Romanos le dicen *Sura* á la pierna. Seguiasele otra vez una causa; y habiendo sobornado á algunos de los jueces, como saliese absuelto por solos dos votos mas, dijo que habia sido perdido lo que habia gastado en uno de los jueces, porque á él le habria bastado ser absuelto por uno mas. Siendo él tal por su carácter, despues de seducido por Catilina, acabaron de trastornarle con vanas esperanzas agórreros y embebecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las Sibilas; en los que se decia estar dispuesto por los hados que hubiera en

Roma tres Cornelios monarcas: habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila; y que ahora al tercer Cornelio que restaba venia su buen genio, trayéndole la monarquía: por tanto que debia aperebirse á recibirla, y no malograr la ocasion con dilaciones, como Catilina.

No era por tanto cosa de poca monta, ó que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Lentulo; pues que su resolucion era acabar con todo el Senado; y de los demas ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo despues fuego á la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo; de los que se apoderarian, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo: porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento de que volvia del ejército grande. Habíase señalado para la ejecucion una de las noches de los saturnales; y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habian llevado todo á casa de Cetego, y allí lo tenian reservado. Estaban ademas prontos cien hombres, y partiendo en otros tantos distritos á Roma, á cada uno le habian asignado por suerte el suyo, para que siendo muchos á dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapa y obstruir las cañerías, y de dar muerte á los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alobroges, gente entonces muy castigada, y que sufría muy mal el yugo. Pensando pues Cetego que estos podrian serle muy útiles para alborotar y sublevar la Galia, los hicieron de la conjuracion, dándoles cartas para aquel Senado y cartas para Catilina: las del Senado ofreciendo á aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole á que diera libertad á los esclavos, y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos á Catilina un tal Tito de Crotona para que llevara las cartas. Unos hombres como estos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino, y á presencia de mujercuelas, las habian con Ciceron, hombre sóbrio, de gran juicio, y que por la ciudad tenia muchos espías para observar lo que pasaba, y venir á referirselo. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecia tener parte en la conjuracion, y se fiase de ellos,

tuvo conocimiento de las proposiciones hechas á aquellos extranjeros; y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata, y ocupó las cartas, auxiliándole encubiertamente los Alobroges.

A la mañana siguiente congregó el senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y se examinó á los denunciadores; á lo que añadió Junio Silano que habia quien oyó de boca de Cetego que habian de morir tres cónsules y cuatro pretores; refiriendo esto mismo y otras particularidades Pison, varon consular. Envióse asimismo á la casa de Cetego á Cayo Sulpicio, uno de los pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recién afilados. Finalmente habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convenido Lentulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de pretor; y despojándose en el Senado mismo de la toga pretexta, tomó el vestido conveniente á su situacion. Así este como los que estaban con él fueron entregados á los pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol; y estando en expectacion un número de pueblo, salió Ciceron, y dando cuenta á los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo; porque la suya la ocupaban las mujeres, celebrando con orgías y ritos arcanos á la Diosa que los Romanos llaman Bona, y los Griegos *Muliebre*. Sacrificasele cada año en la casa del cónsul por su mujer ó su madre con asistencia de las vírgenes vestales. Entrando pues Ciceron en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso á pensar qué haria de aquellos hombres: porque la pena última correspondiente á tan graves crímenes se le resistia, y no se determinaba á imponerla por la bondad de su carácter; y tambien porque no pareciese que se dejaba arrebatado demasiado de su poder, y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias; y que tenian en la ciudad amigos poderosos. Mas por otra parte si los trataba con blandura, temia el peligro que de ellos le amenazaba: pues que no se darian por contentos si se les imponia alguna pena, aunque no fuera

la de muerte; sino que se arrojarian á todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encono; y ademas él mismo se acreditaba de cobarde y flojo, cuando ya no tenia opinion de muy resuelto.

Mientras Ciceron se hallaba combatido con estas dudas, las mujeres en el sacrificio que hacian observaron un portentoso: porque el ara, cuando parecia que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; de lo que las demas se mostraron asustadas; pero las sagradas vírgenes dijeron á Terencia, mujer de Ciceron, que fuera cuanto antes en busca de su marido, y le exhortara á poner por obra lo que tenia meditado en bien de la patria: habiendo dado la Diosa aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por carácter, sino mujer ambiciosa, y que como dice el mismo Ciceron, mas bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido, que la daba á este en los negocios domésticos, marchó al punto á darle parte de lo sucedido, y lo acaloró contra los conspiradores; ejecutando lo mismo Quinto su hermano, y de los amigos que tenia con motivo de su estudio en la filosofia, Publio Nigidio, de cuyo consejo se valia principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose pues al dia siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fue el primero á quien se preguntó su dictámen, dijo: que traídos á la cárcel deberian sufrir la última pena; y todos seguidamente se adhirieron á él, hasta Cayo César, el que fue dictador despues de estos sucesos. Era todavía jóven, y estaba dando los primeros pasos para su acrecentamiento; mas en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda, por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenian contra él los demas; y aunque á Ciceron no le faltaban motivos para ella, no habia dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red, se habia escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Ciceron de la denuncia que contra él tenia por miedo de su poder y el de sus amigos: pues era

cosa averiguada que mas bien se llevaria César tras sí á los otros para salud, que estos á César para castigo.

Llegada pues su vez de votar, levantándose, expresó que no se debia quitar la vida á los culpados; sino publicar sus bienes, y llevándolos á las ciudades de Italia que á Ciceron le pareciese, tenerlos en prision hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictámen, benigno en sí, y esforzado por un hombre elocuente, le dió mayor valor Ciceron; por que levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos sus amigos creyesen que á Ciceron le convenia mas adoptar el dictámen de César, porque habria menós motivo de queja contra él no quitando la vida á los reos, prefirieron esta segunda sentencia: tanto que reformó tambien su voto Silano, y le explicó diciendo que por última pena no habia querido entender la de muerte, puesto que para un senador romano lo era la cárcel. Dada por César esta sentencia, el primero que la contradijo fue Luctacio Cátulo; y despues tomando la palabra Catón, como acriminase con vehemencia á César por las sospechas que contra él habia, excitó de tal modo la indignacion del Senado, que condenaron á los culpados á muerte. En cuanto á la publicacion de los bienes se opuso César, diciendo no ser puesto en razon, pues que se habia desechado la parte benigna de su dictámen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistian; por lo que hizo llamar á los tribunos de la plebe; y como estos no se presatasen á sostenerle, cedió Ciceron, y por sí mismo quitó la parte de la publicacion de los bienes.

Partió pues con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos; sino que de los pretores uno custodiaba á uno, y otro á otro. Lentulo fue el primero á quien trajeron del palacio por la via sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que veia y presenciándolo en silencio: los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror.

Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado á la cárcel, hizo entrega Ciceron de Lentulo al carcelero, y le mandó darle muerte; en seguida de este á Cetego, y del mismo modo trayendo á los demas, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza muchos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer á los detenidos, que todavía creia vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta diciéndoles: Vivieron: porque los Romanos para no usar de una voz que tienen á mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde, y por la plaza subió á su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibéndole con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso, y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles; y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mujeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al cónsul, que subia con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos; muchos de los cuales habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos á otros que á muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo romano de riqueza, de despojos y de poder; pero de seguridad y salud á solo Ciceron, que lo habia sacado de tan grave peligro: no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber apagado la mayor conjuracion que jamas hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habian ido á reunirse con Catilina apenas supieron lo ocurrido con Lentulo y Cetego, lo abandonaron y huyeron; y combatiendo contra Antonio con los que le habian quedado, él y el ejército fueron deshechos.

No obstante esto no dejaba de haber algunos que se preparaban á molestar á Ciceron de obra y de palabra por los pasados sucesos; al frente de los cuales estaban los que habian de entrar en las magistraturas; César que iba á ser pretor, y Metelo y Bestia, tribunos de la plebe. Posesioná-